



REVISTA SEMESTRAL DE LA RED DE ESTUDIOS SOCIALES EN
PREVENCIÓN DE DESASTRES EN AMÉRICA LATINA

DESASTRES **Y** **SOCIEDAD**

Julio-Diciembre 1995 / No.5 / Año 3

Especial: La Sequía en el Nordeste del Brasil

REVISTA SEMESTRAL DE LA RED DE ESTUDIOS SOCIALES EN PREVENCIÓN DE
DESASTRES EN AMÉRICA LATINA

LA RED

Red de Estudios Sociales en Prevención de
Desastres en América Latina

1995

LITERATURA Y DESASTRES

'... VINE A ENGAÑARME'¹

Aquella noche se recogió muy tarde. Hacía rato que estaba oscuro cuando recostó su cuerpo molido por el trabajo de la cosecha. Estaba exhausto pero alegre: esperaba una buena zafra, una cosecha que compensaría cualquier cansancio. Podría comprar ropa nueva para los niños que, desacostumbrados al frío paraguayo, despertaban tiritando y en la tarde no tenían coraje para ir a jugar a los campos, pues luego se resfriaban, con las manitas heladas y las uñas y los labios azulados. Pretendía también comprar diferentes comidas para la Navidad y, quién sabe, tal vez hasta algunos carritos y muñecas que harían pensar a los niños que Papa Noel era paraguayo - allá en el sertão de Paraíba nunca hubo tanto como para permitirse eso. Mientras pensaba, soñaba y oía algún ruido quebrando aquel silencio agradable que le gustaba escuchar. Para entonces, el sueño lo iba envolviendo y entorpeciendo sus sentidos, transportándolo al mundo de los sueños, envolviendo sus dolores, sus añoranzas y desilusiones.

De repente, en medio de la noche, despertó sobresaltado por una pesadilla: soñó que estaba solo en aquella inmensa hacienda, y que no había ni casa ni plantación. Solamente el monte y los niños llorando de hambre, mientras su mujer amamantaba al más pequeño. Abrió los ojos en medio de aquella noche negra sin luna y nada pudo ver. No había el menor rastro de luz. Oyó un mugido insistente de ganado como avisándole que todo estaba bien, que continuaban allí, como de costumbre. Parecía como que hasta los animales hubieran comprendido sus pensamientos y despertaban para aclarar aquellas visiones de su sueño. Pensó con cariño en los animales, amigos. Se sentía agradecido por aquel apoyo. Podía entonces aflojar esa tensión, relajarse y volver a dormir tranquilamente.

De madrugada, ni bien su mujer levantó las frazadas para ir a buscar leña para el café, abrió los ojos y de un salto salió de la cama, vistiéndose la ropa de trabajo. Recordó la noche, la pesadilla, los animales y le dio ganas de ir hasta el corral. Salió al patio de la casa y miró hacia la cerca que estaba a unos 500 metros de ahí. Sólo vio la cerca. Asustado, se dijo: -Seguro que ya es tarde y los vaqueros llevaron el rebaño a pastar. Se convenció de eso cuando recordó lo que el pueblo solía decir cuando se corta el sueño de las personas ... se cansan más. Hay que comenzar todo de nuevo. La noche es corta para tanto sueño. Pero su atraso no debía ser muy grande, pues todavía era tan de madrugada que habría que encender el lamparín.

Regresó a la casa y fue a mirar a su mujer mientras preparaba el café y despertaba a los niños, ora de un jalón en el dedo gordo del pie, o con una caricia a los más pequeños. Estaba muy pensativo ese día. Hasta su mujer lo notó y le preguntó si le pasaba algo. Tomó su café con galleta sin cambiar palabra, a pesar de que siempre lo hacía jugando con los niños y hasta distribuyendo pellizcos y jalones de orejas cuando hacían demasiado alboroto. Recordaba esto mientras caminaba hacia el campo de maíz. Le sorprendía que una pesadilla lo impresionara

¹ Cuento basado en la historia real de un migrante nordestino, entrevistado por Rejane de Madeiros, socióloga de la fundación Joaquim Nabuco, mientras realizaba la investigación: "La sequía Nordesteña de 1979-80".

tanto. No era hombre que se estuviera rumiando cosas. Eso de quedarse imaginando cosas es para los que han tenido lecturas y tienen tiempo. El no. Su vida tiene que ser con una azada en la mano, de sol a sol, a fin de garantizar el sustento de la familia y tratar de poner a los niños en una escuela para que aprendan a leer ... cosa a la que ni él ni su mujer tuvieron derecho.

Las imágenes de la pesadilla no se le iban de la cabeza, ahí seguían proyectándose como en una película de televisión. Caminaba sin percibir lo que acontecía a su alrededor. De repente, un ladrido. Pasaba cerca de la casa del propietario envuelto en sus pensamientos, cuando se dio cuenta del aislamiento en que se encontraba. Estaba solo con el perro. El animal, amarrado a una de las columnas de la terraza con una cuerda vieja y sucia, movía el rabo alegre de ver a alguien. El volvió en sí. Un escalofrío recorrió la espina dorsal y se le hizo un nudo en la garganta al sentirse viviendo la pesadilla de la noche anterior.

Decidió recorrer los alrededores, investigar, como acostumbra a decir la gente de la ciudad que viene a ganarse la vida haciendo preguntas a los trabajadores de la azada. Aguzó los sentidos y se dispuso a encontrar algún indicio que le ofreciese una explicación de aquella extraña escena: el área donde estaba la casa grande, siempre llena de movimiento con personas yendo y viniendo, hoy estaba vacía y con todas las edificaciones cercanas - cobertizo, oficina, garage - cerradas.

El perro, animado por la presencia de un conocido, ladraba en su dirección, insistentemente, como llamándolo. Se aproximó al animal, acariciándole la escasa pelambre mientras se recomponía del susto de su descubrimiento. Detrás de la casa aparece súbitamente un viejo morador que camina en su dirección. Tan antiguo como ese piso, residía ahí sólo, sin mujer, sin hijos, mucho antes de que el patrón comprara la hacienda. No fue necesario preguntar lo que sucedía. El mensajero de la desgracia anunció sin rodeos: - ¡El patrón dice que vendió las tierras y que no lo busquen pues no tiene "cuentas" pendientes con nadie!

Mientras lo escuchaba sentía que su cabeza crecía, pesaba, dolía. Se le concentraba la sangre presionando por demás ... hasta querer explotar. Sentía un odio incontrolable. Era capaz de cometer un desatino cualquiera. Pero se sabía capaz de descubrir una manera para obligar al patrón a pagarle las cuentas. No iba a aceptar que lo engañasen ni a tragarse el desplante de nadie. El hombre que es hombre no baja la cabeza cuando está en su derecho, si no pierde la moral hasta dentro de casa.

- ¡Iré hasta el fin del mundo pero encontraré a esa cabra cínica, hijo de yegua! Pensó, hablando bajo, entre dientes. Y dio media vuelta. Fue a casa a avisarle a su mujer y al hermano que vivía lejos, del otro lado del río.

De regreso, más calmado, recorrió mentalmente todo el camino que había hecho desde el sertão de Paraíba hasta allí, en Paraguay. Fue mucho camino, mucha dureza, mucha experiencia. En aquel momento no sabía si había valido la pena salir de su rincón, de esa poca tierra - tres hectáreas, ahora reducidas a la mitad para costear el viaje hasta Brasilia, su primera parada durante un año - pero sin patrón. No quería arrepentirse: lo que estaba hecho, estaba hecho. Ahora hay que seguir adelante y luchar para recibir sus derechos por el trabajo de dos años como peón.

Estaba acostumbrado a muchas cosas y sabía enfrentar situaciones difíciles, inesperadas. Tenía salud, coraje, y había aprendido a trabajar en el campo desde pequeño, con su padre. Entendía de su arte. No había por qué dejarse vejar. Por aquellos lares no le faltaría trabajo. Aprovecharía el desempleo para volver a Mato Grosso, donde había gente como él. En Brasil, era más dueño de la situación: se quedaría en casa de su irmão de farda² mientras localizaba al patrón para cobrarle lo que le debía. Después, ya estaba decidido, buscaría trabajo y pondría a los niños en el colegio. Hubiera sido bueno matricular a los hijos en Brasilia para que estudiaran ... daban hasta merienda. Pero llegó tarde a la ciudad, las clases ya habían comenzado y todo estaba completo, las vacantes ocupadas. Estudiar en colegio privado, ni pensarlo. Con aquel menguado salario, incierto, a veces con una paga fija y otras en base a jornales, no era posible. Sin sueldo ganaba un poco más, era cierto, pero no tenía derecho a nada. En ese tipo de empleos - a veces repartiendo leche, a veces en medio de las botellas de bebidas de un depósito, a veces construyendo edificios donde nunca tendría derecho a vivir - bastaba con que el patrón "amaneciera con el pie izquierdo" y no le cayera bien la gente ... a la calle de seguro.

Allá en Brasilia era todo muy incierto, desconocido. El desánimo era tal que todo cambió a la primera posibilidad de regresar a la agricultura. Surgieron nuevas esperanzas que provocaron el traslado de la familia a Mato Grosso. En Brasilia la casa no tenía huerto, no podía plantar nada. Toda la comida tenía que ser comprada y no había dinero que alcanzara, todo era muy caro. Mato Grosso prometía buenas tierras, de las que todos hablaban, próximas al Pantanal. Quería volver a tener su cosecha, asegurarse los frejoles diarios y, en julio, el maíz de Santana.

Su primera parada, después de la capital federal, fue en Iamaí, en casa de su irmão de farda. Ahí se quedó sólo unos 17 días, sin buscar trabajo. El primer trabajo lo tuvo poco después, en el juncal, ganando jornal. No era todavía lo que él quería, pero le permitía ir adelante. Aprovechó el tiempo para conocer mejor a la gente y la región. Todo allí era tan diferente al sertão. No había sequía y el trabajador podía ir arreglado, con ropa limpia y sin remiendos. Era más gente. La gente valora más a quien trabaja. Si uno anda malvestido, lo señalan como desarreglado y perezoso. No falta trabajo. Los sembríos son muchos y variados: hay el tiempo del algodón, del café, del arroz, de la soya, del trigo, del frejol, del maíz, de la pimienta, ... y así se pasa todo el año. Allá en el norte todo es muy pobre. No se ven las riquezas que hay en el sur: no hay máquinas, los bancos no sueltan dinero y lo que se saca de la poca tierra de la parcela o del plantío propio, no alcanza para sostener a la familia. Aquí, lo que vale es la mesa llena: hay frejoles todos los días y siempre se puede comer carne. Hasta un pobre puede tener sus criaderos. Todo eso ayuda a olvidar la nostalgia y el deseo de volver a ver su terruño. El próximo año se cumplirán cinco años sin volver a Paraíba. Tiene hijos que ni conocen a la familia. Los dos menores nacieron gitanos: uno en la carretera y el otro en casa del irmão de farda.

No le gusta mucho recordar el norte. Esos pensamientos le aprietan el pecho hasta el dolor... Hombre que es hombre no llora, él lo sabe. La nostalgia puede hasta lograr que la gente desista de buscar una mejor vida lejos de su lugar. Ese mismo dolor apareció cuando llegó el día de tomar el ómnibus para Brasilia. Se iba en busca de un trabajo que le diera una mejor de vida. Quería aprovechar también para andar por el mundo. Ya estaban en abril y nada de lluvia. Todo

² *Irmão de farda*, hermano de uniforme, antiguos colegas de uniforme en el ejército brasileño (N. del T.)

se estaba acabando. Daba hasta enojo ver al hombre empujar la azada en una tierra seca como esa. El anuncio de la sequía ayuda a empujarlo a uno en busca de mejores días en tierras extrañas.

Su partida para Brasilia fue trisite, muy triste. Nunca más olvidaría lo que le sucedió aquel día. La mitad de su tierra había sido vendida y los pasajes comprados. Era el veintitrés de abril del setentitrés. Los paquetes hechos y unos pocos trapos metidos en una maleta nueva comprada dos días antes en el mercado. Era lunes. El adelante con la maleta en la cabeza y el hijo mayor tomado de su mano andando despacio. La mujer atrás cargando al hijo menor agarrado al cuello, todo encogido, cubierto con una toalla. Al lado de ella venía el suegro, viudo, cargando un paquete y dos sacos con comida y mudas de ropa para los niños. Nadie hablaba, solamente el pequeño a su lado lloriqueaba, con frío y cansancio. La lluvia había decidido caer ese día, anunciando un invierno tardío - ¡Sólo era agua! Recuerdo como si fuese hoy. Cuando salí, fue un gran sacrificio llegar hasta la ciudad. Sólo era agua. Pero tenía pasaje para ese día y no miraba para atrás... sólo iba sufriendo. Nunca fui hombre de arrepentirme, pero, ese día, casi me arrepentí de haber venido a la tierra, de perder aquel invierno, de huir de ahí.

Parece como si fuera ayer que todo comenzó. Ellos, en medio de la lluvia, yéndose a causa de la sequía. Pero, a esa altura, ya no había retorno. Era seguir adelante, siempre. Buscar su destino sin desanimarse. Como ahora, hay que continuar. Reaccionar, no dejarse abatir. No puede olvidar la injusticia de que fue víctima. Es necesario dejar bien vivo este recuerdo, para que su rabia y su deseo de arreglar las cuentas con esa cabra cínica no se diluyan en medio del camino de regreso al Brasil. Pasando por lamaí tal vez encuentre la pista del ex-patrón. Conoce mucha gente y tendrá la ayuda de su viejo compañero. Dejó muchos amigos en esa ciudad. Pasó poco tiempo, sólo un año, como en Brasilia, de donde no tiene nostalgia. La ciudad es grande, la vida difícil, las personas se hablan poco, no se les conoce como es debido. No me gusta la vida por ahí, no me gustaría volver.

lamaí no, es diferente. Se parece más a la manera de las ciudades de su tierra: pequeña, poca gente, la gente más dada a conversar. La vida en esos lugares, sobre todo para quien viene de fuera, es más fácil. Rápido hizo amistades, consiguió trabajo y hasta conoció al dueño de aquella hacienda. Le agradaron sus maneras llamándolo para ese rincón. Esa gente de dinero es de fácil conversación: logró hacer que la desconfianza del nordestino se transformara en esperanza de una vida más holgada en tierras fértiles del extranjero. Además, dijo, tenía la oportunidad de ir hasta donde ninguno de su familia había pisado. Pero ahora comprobaba su engaño: gente como él, pobre y sin estudios, no gana nada cambiando de lugar... la explotación es la misma.

Al fin de cuentas el resultado es el de siempre: para el dueño queda el provecho y para el peón, que trabajó el año entero, no sobra nada o sobran las deudas... así era en Paraíba y así seguía siendo allá. No era lo correcto, lo sabía. Se sentía robado cada vez que paraba para hacer las cuentas con el patrón, después de la cosecha. Nunca daba resultado favorable para su lado, así fuera con buen invierno y mucho trabajo. Pero sus cuentas eran malas. No cuadraban en el papel y quedaba con el juicio confundido cuando el dueño de las tierras comenzaba a leer las anotaciones sobre lo que le había sido entregado por adelantado, como préstamo. A su entender, el préstamo había sido mucho menor... pero no tenía forma de probarlo. Lo dicho quedaba por lo no dicho. La que valía más era siempre lo que estaba escrito en el papel, la

palabra de aquel que tiene más... ¡es quien manda! Y ahí estaba él, tan lejos, viviendo la misma historia.

Según el contrato hecho con el propietario antes de llegar a Paraguay, debía recibir casa y tierra para plantar, sin que estuviera obligado a entregar parte de la cosecha como pago por la parcela. A cambio, asumiría el compromiso de devolver la tierra sembrada de forraje: si deshierbaba el monte podría quedarse tres años consecutivos usando el área, si no, tendría que rotar anualmente. Si la gente trabaja para la hacienda, ganaba el jornal, pero nuestro trato era otro: el patrón costearía el plantío que le pagaríamos después de la cosecha. Cuando vendiese las legumbres, pagaría la cuenta. Parecía ser un negocio ventajoso para quien iba a plantar. Me entusiasmé con sólo pensar que no iba a tener que entregar parte de la cosecha como forma de pago. Hasta tenía la idea que recibiría gratis la casa y el terreno, sin pagar nada. Pero no fue así tan favorable: la ganancia del patrón era alta por el abastecimiento y el forraje que debíamos plantar como pasto para el ganado... cuando llegue a lamaí sabré con certeza la ganancia obtenida por los trabajadores por la entrega de la casa. El azúcar que aquí se vende cuesta menos de la mitad en el pueblo más cercano. Fue Don Bú quien me lo dijo. ¡Imagine cuánto más barato deben ser el resto de las cosas! Es mucho robo en una sola vez. Es para aprender a no creer en historias bonitas contadas por quien tiene interés en el negocio. ¡No quiero saber más de ese asunto de asociado! Voy a buscar un jornal y a vivir en la ciudad, donde todo resulta más barato y existe escuela. ¡Es exactamente eso lo que voy a hacer!

Ahora que ya está decidido, será más fácil conversar con mi mujer y explicarle lo sucedido.

El camino de regreso a casa fue intencionalmente largo. Dió una vuelta para tener tiempo de aclarar las ideas y calmar el juicio. No podía llegar a casa maldiciendo de esa manera. Bastaba con calentar la cabeza. La mujer tenía mucho que hacer y toda su paciencia se iba en los niños... el día entero ahí, del patio a la cocina, en aquella rutina de la casa: lava la ropa, haz la comida, baña a los niños, plancha la ropa, remienda la ropa, lava los platos... es una lucha sin fin. Las cosas de fuera eran responsabilidad del hombre de la casa, del jefe de familia. No tenía la costumbre de llevar a casa los problemas de la calle. Trataba de resolver todo él sólo. Sabía, sin embargo, que podía contar con su mujer en caso de aprietos muy grandes. ella ya había dado pruebas de eso: de ser fuerte como su finada madre.

Ya podía avistar a los niños en el patio, la gritería de siempre, mientras imaginaba... y casi sentía el olorito del aderezo en medio de la casa. El humo escapándose por la puerta de atrás era señal de comida en la estufa... y su Generina espiando, de vez en cuando, el momento de retirar del fuego la olla del frejol. Esta mujer trabajadora. ¡No paraba! Barría el patio, movía todos los rincones sin perdonar ninguna tela de araña, amamantaba al más pequeño, iba hasta la puerta en busca de señales de lluvia... y así pasaba sus días, de invierno a verano.

El juego de los niños estaba tan animado que ni siquiera notaron su paso. Su mujer, sin embargo, se espantó con su temprano retorno, y se apuró en preguntarle si estaba enfermo.

Más calmado, sentado en un pequeño banco de cuero de buey traído desde Paraíba, respiró profundo y contó lo sucedido, acrecentando, a continuación, su propuesta de solución. Ella lo aprobó rápidamente. Le agradaba la idea de volver a Mato Grosso.

Con la reacción positiva de Generina, compañera de tantos años y andanzas, fue recuperando el alma. Ahora tenía que ir en busca del hermano y ajustar los últimos detalles para garantizar el retorno de la familia al Brasil, lo más rápido posible.

El hermano, más joven, había venido directamente desde el norte a Mato Grosso respondiendo a su invitación. Por lo tanto, también se sentía responsable por su suerte. Quería averiguar si él estaba al tanto de lo ocurrido. Tal vez él y sus compañeros tenían alguna otra información que ayudara a aclarar las ideas.

Conforman un grupo alegre, solamente de brasileños, jóvenes y solteros, que llegaron en busca de trabajo y aventuras. Viven juntos en un galpón convertido en casa próximo a un villorrio, donde gastan parte del salario en ropas, bebidas y mujeres. Casi todos mandan una buena cantidad a sus familias, todos los meses. No trabajan en la chacra. Son diez brazos al servicio del patrón. Hacen de todo: cuidan del ganado, de los caballos, lavan los carros, deshieran... cambian las tareas de acuerdo con las necesidades y antojos del propietario.

encuentra a su hermano Joaquim enfermo, con fiebre. No podrían viajar juntos. Las noticias que llegaban sobre la venta de la hacienda eran las mismas. Los muchachos seguirían caminos diversos: unos se quedarían en Paraguay y dos volverían al Brasil. Permanecerían allí hasta el final de la semana, aprovechando el desempleo inesperado como vacaciones improvisadas. Para entonces, su hermano ya estaría recuperado, y regresaría a Mato Grosso con su compañero. Si se presentaba un imprevisto, acordaron mandar un aviso a Iamaí. Si Quincas no mejoraba, regresaría a buscarlo junto con Zé, su irmão de farda. Dejando todo arreglado, se despidió y volvió a casa: encontró a su mujer arreglando las cosas para el viaje del día siguiente y a los niños durmiendo. Más tarde, en el frío de la madrugada, buscó a su Generina para unos lances de despedida, en esa hamaca agradable y grande.

Al momento de partir, se sintió alegre por el retorno, pero triste por el trabajo que deja atrás. El camino de regreso fue más rápido y corto: ya conocía el área y fue cortando camino por los atajos que sólo conocían los trabajadores y peones de la zona. Era el recorrido que solía utilizar cuando entraba clandestinamente al Brasil para vender sus productos, salvando el paso fronterizo.

Todos estaban muy cansados cuando llegaron a casa de Zé en Iamaí. Éste, muy sorprendido por la visita, quiso enterarse de todos los detalles de los dos años vividos en Paraguay. Pero el sueño pudo más y la conversación quedó para el día siguiente.

El acomodo familiar fue rápido y tampoco fue difícil conseguir un empleo temporal. Era el tiempo que necesitaba para buscar a su ex-patrón y exigirle lo que le debía. Después de muchos viajes e incomodidades, logró recibir el dinero, pudiendo con ello alquilar una casita y tener su espacio. Las cosas iban arreglándose de a pocos. Comenzó ganando jornal en las haciendas como clandestino.

Sabía trabajar bien, no tenía miedo al trabajo. Era fuerte y conocía el arte de la azada. Destacaba entre los demás. Gracias a eso no permaneció mucho como jornalero pasando de hacienda en hacienda. Al poco tiempo, recibió una propuesta para quedarse en una propiedad cercana a la ciudad. Era mejor así. Aceptó la invitación, trabajando de día y regresando a casa en la noche, ya que la distancia no era mucha.

Poco a poco la vida fue tornando a la normalidad. Eso le confirmaba que había escogido la mejor solución al salir del Paraguay. Joaquim también estaba cerca, viviendo y trabajando en una hacienda de café. Sus dos hijos mayores, ya matriculados en la escuela, aguardaban impacientes el primer día de clases. Generina hablaba de conseguir un trabajo como lavandera. Sería un ingreso modesto, pero que ayudaría a mejorar la vida: con los dos mayores estudiando tenía que reforzar la comida. Viviendo en la ciudad, sin tener cosecha, el gasto en el mercado era bastante mayor.

En la familia todos estaban satisfechos con la vida en Mato Grosso: los niños estudiando, la esposa con dos lavados de ropa y él con un ingreso asegurado, ya fuera en jornales o bien en la producción. Y así fue pasando el tiempo. Hacía ya casi dos años que había regresado al Brasil. Las noticias que venían del norte eran ahora cada vez más constantes. Por allá tampoco habían novedades... el cuñado viviendo en su terruño, ocupando su casa y cuidando de lo que era suyo. Esas cartas, cargadas de nostalgia, lo volvían pensativo y taciturno. Parecían brazas arrojadas a una pila de paja: atizaban el fuego rápidamente. Y así, las ganas de volver a Paraíba fueron alimentándose despacito... despacito...

Estaban al final del setentainueve, y la familia había aumentado con un hijo de meses, la mujer sin trabajo cuidaba del recién nacido, el ingreso disminuía y los gastos crecían, cuando surgió una posibilidad de trabajo en una propiedad más distante de la ciudad. Aceptar significaba mudarse al campo con la familia, sin escuela para los hijos y sin lavado de ropa para su mujer. A cambio tendría menos gastos, se beneficiaría con una pequeña cosecha, que sumada a un ingreso por la producción garantizaría una mejora en la alimentación diaria. Pensándolo bien con su Generina, sopesando la situación, eligieron dejar nuevamente la ciudad de Iamaí. Sería por un tiempo, hasta que el menor de los hijos creciera un poco y no requiriera de tantos cuidados.

Se mudaron al final de enero. El trabajo iba a ser mejor, prometiendo un buen ingreso semanal. Con el frío y la buena alimentación, aumentaba su capacidad de trabajo. Mejoraba el ingreso. La vida en aquella propiedad no era mala: tenían casa, leña y harta agua buena proveniente de un río perenne. Pero no logró quedarse allí mucho tiempo: la nostalgia apretó y las ganas de volver a su tierra fueron mayores que todo.

Estaba terminando la cosecha de algodón... si apuraba la mudanza para el norte, tal vez alcanzaría la cosecha de allá. Esperaba que la zafra de aquel año garantizara un final de año muy alegre, para celebrar el retorno y ayudar en su pequeña propiedad. Al inicio, trabajaría como jornalero, y después, cuando lograra juntar un dinerillo para comprar semillas, prepararía su sembrío para la zafra del siguiente año. Con estos planes en la cabeza, empacó nuevamente y tomó el carro de vuelta a Paraíba.

La ansiedad era muy grande. Las ganas de llegar rápidamente hacían más largo el camino, y dejaban mucho tiempo para pensar en todo lo que encontraría: la familia, los amigos, la casa, el plantío, el mercado, la cosecha, los baños en la represa y muchos otros buenos recuerdos que le llenaban la cabeza, animándolo. No imaginaba cosas tristes ni desagradables. Sólo quería soñar... no quería saber de problemas. Cuando pasó por São Paulo oyó algo acerca de la sequía en el sertão. Seguro que eso es envidia de alguien que no puede regresar. Quería olvidar esa noticia. Debía ser una mentira. No era posible que, saliendo de su tierra por falta de lluvias, volviera en medio del estiaje. Era mejor no creer. Y así fuera verdad - y no una

exageración de quien quiere una disculpa para mandarse mudar por el mundo, como aquellos nordestinos con los que habló - enfrentaría el hecho con el mismo coraje de tantas otras ocasiones.

Quién ha pasado una sequía como la del cincuentaiocho está preparado para cualquier otra, pensó. Era muy chico en esa época. Estaba cerca de cumplir los diez años. Recuerda muchas cosas. Sus padres, enrolados en el Programa de Emergencia del Gobierno, aguantaron el embate. No había nada de cosecha. Todo estaba seco, tostado por el sol. Nadie consiguió sacar ni una mazorca de maíz, ni frejol, ni mucho menos un capullo de algodón. En la otra sequía, doce años después, en 1970, la situación mejoró: los hijos, ya crecidos, pudieron ayudar, evitando así el enrolamiento de la madre, envejecida precozmente por esa vida dura. Pues sí, el que está acostumbrado a tanta apretadera, no ha de quejarse por una más. La vida del pobre es así: de lugar en lugar, buscando de una mejora, enfrentando las dificultades y aprendiendo a arreglárselas. Fue así con su padre, con él también, y si no se cuidaba, iba a suceder lo mismo con sus hijos.

A medida que el carro se aproximaba a Paraíba, sus desconfianzas sobre la presencia de una sequía iban ganando cuerpo. Cuando comenzó a entrar por el sertão... ya no podía dudar. Era la época en que todo debía estar verdecito y con agua en los riachuelos y las represas. En vez de cultivos, sólo se veía pasto seco... sólo había tristeza... en el campo y en las personas. Al borde de la carretera, por aquí y por allá, grupos de trabajadores removían la tierra seca de alguna represa. Frente a ese cuadro, no le quedaba más que aceptar ... lo que no quería reconocer: el caso era serio. Ya había hasta Emergencia: aquellos hombres trabajando en la represa cuando debían estar al inicio de la cosecha del algodón... completaba el cuadro. La sequía parecía general. Por donde pasaban era siempre el mismo paisaje: aquel monte seco con raros puntos verdes – eran palos de algarrobo.

Regresar y retomar la vida en su tierra no era fácil. El año anterior tampoco había sido bueno. Todos estaban apretados sin perspectivas de zafra. La ayuda que había era la de Emergencia. Al cabo de un mes logró finalmente enrolarse, inscribiendo su pedazo de tierra en el Programa. Ni siquiera podía buscar otro ingreso, pues su tierra tenía que estar lista para la siembra. De las dos hectáreas que posee, apenas la mitad sirve para el cultivo: el resto era tierra mala. Trabajó firme y duro. Después de algún tiempo, logró preparar una parte de su tierra y otra en la del suegro. Ha plantado las semillas que trajo de la casa de su padre y está esperando a que salga alguna cosa. Con una pequeña lluvia, por poca que sea, será suficiente para animarse... pero si no llueve, va a perderlo todo.

Llegó diciembre sin lluvias. El salario de Emergencia aumentó un poco, pero sigue siendo una porquería. Hasta desanima trabajar todo el mes para luego recibir una miseria. Dar de comer a cuatro hijos y a su mujer con ese poco de dinero es comer muy limitado. Y así, sin siquiera sentir el olor de la carne o el frejol, arrastra una deuda de casi dos meses en la bodega. La suerte es que Felipe de Donana, conocido suyo, abastece el mercado semanal de cualquier forma: da lo mismo llevar dinero o las manos vacías. Vende más caro que en la ciudad... pero queda cerca de su casa y vende a crédito. Sin eso, ya estarían pasando necesidades, comiendo en casa del suegro o de su padre. La situación de ellos es un poco mejor porque consiguieron algo en la cosecha del año pasado, en cambio él, con el viaje, gastó todos sus ahorros.

El primer sembrío ya está perdido - no llovió a tiempo. Lo va intentar de nuevo cuando reciba el salario de la Emergencia y pueda comprar semillas. Mientras tanto, no hay nada que hacer en su propiedad: la tierra está lista, sólo espera la lluvia. Ahora que está desocupado, buscará alguna ocupación por los alrededores. No será fácil, pues la región es de pequeños propietarios como él: nadie contrata trabajadores, lo hacen todo con los miembros de la familia. Lo que falta aquí es trabajo, porque mano de obra sobra. En los últimos días, ha oído a tanta gente decir que parten... si se van, tal vez mejoren las cosas... comenzará a sobrar trabajo y tierras para los que quedan. La gente de aquí viaja mucho, sobre todo los más jóvenes... sólo quedan los viejos.

Cuando llegó del sur, trabajaba de la mañana a la noche, sin descanso, tratando de preparar sus cultivos para la llegada de las primeras lluvias. Ahora no es necesario tanto esfuerzo, lo que le permite sentarse en la puerta de casa al final de la tarde. Algunas veces estaba sólo, mirando a los niños jugar o cambiando una que otra palabra con su mujer. Otras veces se quedaba conversando de nada con los vecinos que aparecían, hablando también de cosas serias, preocupantes para todos: la sequía, la carestía, la amenaza de suspensión de la Emergencia, las historias del Sindicato, la política, las noticias de la radio, la enfermedad de alguno, la desilusión amorosa de otro... y así iba pasando el tiempo.

Enero llegó trayendo consigo algunas esperanzas de invierno. La noche anterior había caído un buen chubasco, pero con mucho viento, al punto de derrumbar algunos árboles y destruir algunas casas. Eso no era buena señal: el viento arrastraba lejos las nubes. Pero el suelo mojado anima a todos y altera el ambiente, haciendo la conversación de la tarde más ruidosa y prolongada.

El punto inicial, aquel día, fue, naturalmente, la posibilidad que surgía con aquellas lluvias de tener un buen invierno, garantía de una zafra compensatoria. Otra posibilidad, no tan favorable, era la desactivación del Programa de Emergencia:

- ¡Si desactivan la Emergencia, se va a armar una buena aquí en Cajazeiras! comenta la mujer de un trabajador enrolado.

- Si eso sucede, no sé entonces cómo va a hacer la gente, se lamenta un pequeño propietario dependiente del pago del Programa.

- Los primeros que pasan hambre son los de la ciudad. Si no tienen dinero, no tienen nada, ¡nada! Aquí siempre hay una gallina, un huevo, una fruta... recuerda a todos, Don Nenem, el dueño de casa.

Un joven, de unos dieciseis años, conocido por todos por sus ganas de viajar al sur, de andar por el mundo, resuelve satisfacer su curiosidad sobre la vida en otras regiones y le pregunta al pequeño propietario, Don Nenem, conocedor de otros rincones:

- ¿Es cierto lo que la gente dice, que por allá en el Mato Grosso hay trabajo todo el año? ¿Y que hay mucha riqueza?

Después de tomar una bocanada de su cigarro de paja, Don Nenem, con pose de conocer las cosas, descruza las piernas y mirando a la platea atenta a su respuesta, comienza diciendo:

- Allá, siempre hay de qué vivir: se acaba una plantación y se va a otra. Los criadores de allá siempre necesitan gente. Yo creo que aquí todo es más difícil. Aquí nadie tiene condiciones de criar. En el norte no existen ricos... ¡existen acomodados! Y de un tiempo para acá, nadie consigue nada en la vida. Aquí cualquier cosa es poca... y es buscada. Pero con buen tiempo, con lluvia, aquí parece que fuera mejor... porque aquí cualquiera es libre. Aquí, el que quiere trabajar un día y al otro no, no hay problema. Pero allá, si no vas a trabajar un día, te despiden. Allá, si uno empieza a cosechar, sólo para al final del día. Aquí, se vive más libre. Trabajas cuando quieres. A veces un peón vive más holgado que el patrón. Pero aquí la condición de vida es más difícil. Todo el mundo está descansado porque la cosecha es poca... y trabajar como peón, en estas pequeñas parcelas, ¡no da para vivir! ¡no!

Hay una pausa en la conversación para tomar un cafecito preparado por Generina. Un café ralo, que más parece una infusión de café, como todos están acostumbrados a consumir - es una forma de hacer rendir el poco de polvo que se consigue semanalmente. Don Nenem enrolla un poco de tabaco traído de casa del vecino de al lado, enciende otro cigarro. Asume un aire pensativo, mientras saborea el gusto y el olor de ese cigarro, barato, el único al que tienen acceso. Le gusta quedarse así, sin hacer nada, reposando el cuerpo cansado del trabajo manual, viendo pasar el tiempo... Llegar la noche, mientras se desbarata poco a poco el círculo de personas, para dar lugar al silencio: los niños ya duermen, la olla de café en el fuego, las hamacas armadas en medio de la casa forman sombras que construyen fantasmas para poblar el sueño de sus hijos. Para él, mientras tanto, el mayor asombro es la sequía, la falta de lluvias que no se soluciona con la mojadita de ayer, la amenaza de no tener zafra alguna, el miedo de verse obligado a retomar el camino de ambulante. ¡No! ¡De nuevo no! No quiere abandonar su propiedad, su gente, su lugar. Tampoco quiere privar a sus hijos de tener estudios, de aprender a leer. Es difícil quedarse allí en esas condiciones... pero es más difícil volver a salir. Esta vez puede ser el abandono definitivo de Paraíba. Y es en esas horas que se cuestiona más... y llega a arrepentirse de haber regresado al norte:

- ¡Todavía estoy por saber que vine hacer aquí! comenta bajito para sí para no asustar a su mujer.

Cuando termina de pensar eso, Generina, como presintiendo lo que estaba pasando por la cabeza del marido, dice:

- Tú estás arrepentido porque quieres. Yo te dije que era mejor quedarse en Mato Grosso... pero tú estabas ciego por venir.

El se levanta y camina hacia la cocina. Llega hasta la estufa toma un poco de café humeante. Mira a Generina, le sonrío y responde con un aire triste y abatido, infeliz por tener que llegar a esa conclusión:

- No vine engañado... vine a engañarme. Si hay invierno, me quedo por aquí; si no lo hay, no hay quién me asegure nada... me voy de aquí, una vez más, para nunca más volver!